

GOMORRA, UNA CRÓNICA REALISTA SOBRE LA CAMORRA NAPOLITANA

Por CARLOS GIMÉNEZ SORIA

T. O.: *Gomorra*. Producción: Fandango Film, Sky y RAI Cinema (Italia, 2008).
Productor: Domenico Procacci. Director: Matteo Garrone. Argumento: basado en la novela homónima de Roberto Saviano. Guión: Maurizio Braucci, Ugo Chiti, Gianni Di Gregorio, Matteo Garrone, Massimo Gaudioso y Roberto Saviano. Fotografía: Marco Onorato. Diseño de producción: Paolo Bonfini. Montaje: Marco Spoletini.

Intérpretes: Toni Servillo (Franco), Gianfelice Imparato (Don Ciro), Maria Nazionale (Maria), Salvatore Cantalupo (Pasquale), Gigio Morra (Iavarone), Salvatore Abruzzese (Totò), Simone Sacchettino (Simone), Marco Macor (Marco), Ciro Petrone (Ciro), Carmine Paternoster (Roberto), Vincenzo Altamura (Gaetano), Alfonso Santagata (Dante Serini).

Color – 137 min. Estreno en España: 14-XI-2008.

El mundo de los clanes mafiosos ha sido generosamente abordado en las últimas décadas por cineastas como Francis Coppola, Sergio Leone o Martin Scorsese, entre otros. Estos realizadores han ofrecido, en sus respectivas obras, una imagen lírica y estilizada de algunas de estas organizaciones criminales, responsables de gran cantidad de delitos y asesinatos. No obstante, el tratamiento escénico se ha encargado en numerosas ocasiones de convertir las exarcebadas dosis de violencia en un espectáculo visual. De ese modo, hemos podido apreciar verdaderas tragedias clásicas enfatizadas con tintes operísticos en la trilogía de *El Padrino* (1972, 1974 y 1990), frescos históricos repletos de arrebatadora nostalgia sobre la historia gangsteril de los Estados Unidos en *Érase una vez en América* (1984) o, incluso, el ascenso y la consecuente caída de auténticas vocaciones delictivas y de monumentales imperios económicos en films como *Uno de los nuestros* (1990) o *Casino* (1995).

Por otra parte, la tradición de este género en el cine norteamericano es amplia. Desde la aparición del *film noir* con la emblemática figura del gángster en piezas magistrales como *Hampa dorada* (LeRoy, 1931) o *Scarface, el terror del hampa* (Hawks, 1932) hasta su recuperación a modo de homenaje en *El precio del poder* (De Palma, 1983), la cinematografía estadounidense ha ofrecido retratos con enfoques muy diferentes acerca del mundo del crimen. En la actualidad, muchas de estas historias han empezado a ser narradas con estructuras de montaje paralelo. Realizadores como Steven Soderbergh o Quentin Tarantino han puesto de moda el empleo de diversas subtramas argumentales que, conforme avanza el relato, se entremezclan y acaban componiendo

un mosaico de realidades sociales vinculadas al narcotráfico o la vida suburbial. La insistencia en este recurso narrativo, adoptado inicialmente por Stanley Kubrick en *Atraco perfecto* (1956), ha originado algunas de las películas más innovadoras de los últimos años. Films como *Ciudad de Dios* (2002), de Fernando Meirelles, o *Traffic* (2000), del referido Soderbergh, son una muestra fehaciente de la vigorosa entrada de este estilo fílmico dentro del reciente panorama cinematográfico.

El realizador Matteo Garrone (Roma, 1968) también es otro de esos cineastas contemporáneos interesados por la narración en paralelo de diferentes historias, sobre todo a través de la fusión entre ficción y estilo documental. Su sexto largometraje ha puesto de manifiesto la novedosa voluntad de estilo de esta joven promesa del cine italiano a través de la adaptación de *Gomorra*, el popular *best-seller* de Roberto Saviano (Nápoles, 1979) donde se retrata minuciosamente el complejo funcionamiento de un microcosmos criminal tan organizado como es la Camorra napolitana. Saviano ha sido internacionalmente reconocido por el éxito de su novela, publicada en 43 países. Sin embargo, su fama ha llegado acompañada de una amenaza de muerte impuesta por los grupos que denuncia en su libro, situación que le ha obligado a llevar escolta policial permanente desde octubre de 2006.

El original literario tuvo que ser adaptado de forma más escueta a la hora de elaborar el guión, en cuya redacción colaboraron Garrone y Saviano. Finalmente, se escogieron cinco subtramas de entre todas las que se presentan en la novela: la historia de un sastre que acepta un negocio ventajoso fuera de su vinculación a la Camorra, los primeros golpes de dos jóvenes delincuentes que hallan un alijo de armas, la iniciación de un adolescente de 13 años en la vida de los suburbios, el proceso de aprendizaje de un muchacho apadrinado por un empresario que negocia con residuos tóxicos, y el progresivo estado de temor y ansiedad de un contable dedicado a repartir dinero entre los que tienen algún familiar en la cárcel. Matteo Garrone juega con estas líneas argumentales combinándolas dentro de una narración semidocumental que potencia el tono realista del relato. El propio director describió su labor en los siguientes términos:

El material de partida del que dispuse para el rodaje de Gomorra era tan potente visualmente que me he limitado a retomarlo con la mayor sencillez, como si fuera un espectador que hubiera aparecido allí por casualidad. Me parecía el modo más eficaz de reflejar la experiencia emocional que atravesé durante el proceso de elaboración de la película.

De hecho, el director italiano ha mostrado su interés por asumir la herencia del Neorrealismo desde sus primeras películas. A pesar de todo, no se le había presentado una oportunidad tan contundente de vincular ese pasado histórico de la última posguerra con la conflictiva situación social de diversas zonas de Italia hasta el rodaje de la presente obra fílmica. Afortunadamente, la denuncia implícita en el texto de Roberto Saviano ha permitido a Garrone componer un relato cinematográfico que delata la existencia de un poder organizado dentro de un Estado democrático. Con ese propósito realista, se ha recurrido al empleo de actores no profesionales en su mayoría, elegidos *in situ* para proporcionar credibilidad al relato. Al margen del retrato que el propio realizador intenta extraer de esa cruda realidad social liderada por la Camorra en el sur del país, resulta aterrador el testimonio aportado por el novelista Saviano después de su exhaustiva investigación sobre el tema:

Las mafias italianas son un holding que siembra la guerra. Se cuentan 10.000 muertos en treinta años. Las víctimas del conflicto palestino-israelí a partir de la Primera Intifada, según las estimaciones oficiales, ascienden a una cifra menor. En los últimos treinta años, la Camorra ha dado muerte a cuatro mil personas, más que cualquier otra organización criminal o terrorista: más que el IRA, más que ETA, más que el terrorismo islamista, más que Cosa Nostra. Los numerosos clanes que la integran se reparten el territorio densamente poblado que abarca las provincias de Nápoles y Caserta extendiendo día a día los confines de un reino enorme e invisible, sobre el que ejercen un control absoluto. La Camorra no sólo obtiene ganancias con el tráfico de drogas y armas o con las extorsiones, sino que hace negocios en todos los sectores: construcción, turismo, textiles, transportes, carburantes, distribución alimentaria, supermercados, restaurantes, tiendas, cines, bancos. Los inmensos beneficios se reinvierten después en numerosas actividades legales, que traspasan las fronteras nacionales desde Taiwán a Aberdeen. La Camorra incluso ha adquirido acciones para la reconstrucción de las Torres Gemelas en Nueva York.

Para soslayar el terreno del sensacionalismo a la hora de mostrar estos sucesos, Matteo Garrone ha preferido huir de la grandilocuencia presente en otros importantes referentes cinematográficos sobre la mafia y el gangsterismo (los citados films de Coppola, Scorsese o Leone) para adentrarse en una crónica cruelmente realista. En este caso, la impresión que el relato ejerce sobre el público nace de su voluntad de ser fiel a los hechos descritos, evitando, por consiguiente, cualquier tipo de énfasis narrativo. Por ello, *Gomorra* está prácticamente exenta de música extradiegética y su banda sonora la componen éxitos comerciales de la canción neomelódica tan habitual en esas latitudes.

Ciertamente, las caracterizaciones de los personajes no están descritas de manera exhaustiva, sino más bien al contrario. Garrone no analiza su psicología porque prefiere mostrarlos desde el distanciamiento, situando al espectador en un plano de observación intensamente objetivado y acorde con la austeridad de la puesta en escena. Esa misma perspectiva desdramatizadora es la que plantea desde buen principio para mostrar las ramificaciones políticas, sociales y económicas de la Camorra. El cineasta italiano se mantiene firme ante este principio de focalización dentro del relato y, en su empeño de desenfatar las habituales caracterizaciones de los clanes mafiosos, muestra un imperio del crimen totalmente desglamourizado, proyectando sobre él una mirada directa y desnuda (potenciada, a su vez, con el uso de la cámara en mano).

Con justicia, *Gomorra* ha pasado a convertirse en uno de los mejores films europeos del año 2008. Lamentablemente, no fue nominado para el Oscar a la Mejor Película de habla no inglesa, a pesar de haber sido previamente escogido para representar a Italia en la ceremonia de Hollywood. Sin embargo, la película obtuvo el Premio del Jurado en el Festival de Cannes. Asimismo, se alzó con cinco galardones en la pasada edición de los Premios de la Academia de Cine Europeo: Película, Director, Actor (Toni Servillo), Guión y Fotografía. Fue nominada también al Globo de Oro a la Mejor Película de habla extranjera, pero la estatuilla recayó finalmente sobre el film israelí de animación *Vals con Bashir* (2008), impresionante testimonio semidocumental sobre las matanzas efectuadas por las falanges libanesas en los campos de refugiados palestinos de Sabra y Chatila en septiembre de 1982.